

1276 n.º 63 127/4 65

# El Montero Extremeño



Director: D. Luis Romero de Tejada.

Imprenta de la Real Academia de Ciencias y Artes de Madrid

ADMINISTRACIÓN.

OBISPO Y ARCO, NÚMERO 3.

**EL MONTERO**

PERIÓDICO

DE CAZA, PESCA, AGRICULTURA Y SPORT.



Precios de Suscripción.

2 PESETAS TRIMESTRE EN TODA ESPAÑA.

**EXTREMEÑO**

PROPIEDAD

DE LA SOCIEDAD MONTEROS DE EXTREMADURA

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

**LA GAMUZA.**

Es este el único antílope que existe aún en los países meridionales de Europa; es el más rápido, vivo, prevenido y valiente de todos los montañeses y el más sincero amigo de la libertad.

No tiene otros bienes que su agilidad, otra felicidad que su independencia; la busca de pico en pico, la demanda á las cimas inaccesibles de los Alpes y Pirineos, al borde de los abismos, á las cumbres nevadas y á los ventisqueros; la encuentra, por fin, en las regiones de las tempestades y de los rayos, y allí se queda, pero si la libertad estuviera más arriba aún, la gamuza iría á buscarla.

Para ella, la libertad es todo; no hace alarde de la misma; pero la ama ingenuamente, la quiere como á la vida, porque sin ella no podría vivir.

Cesando de ser libre, dejaría de ser el animal indómito y fiero que es; sin embargo, no es feróz; al contrario, su carácter es alegre y suave, como es gracioso y embelesador su continente.

Corvas de acero, formas delicadas y finas, las orejas paradas, la mirada suave, grandes ojos negros, el asta derecha y corta, encorvada en forma de gancho como para ayudarla á suspenderse de las cornisas de los peñascos sobre el abismo; en fin, el cuerpo bien conformado, esbelto, pronto para saltar ó bien inmóvil sobre un pico; hé aquí al noble animal.

Nada puede igualar su velocidad; es inú-

til perseguirlo, imposible alcanzarlo; no se le caza, se le embosca, se le espera y se le mata; no se le agarra, él cae y muere; una bala lo alcanza y una bala sola es más rápida que la gamuza.

Dotado de un olfato tan sutil como es aguda su vista, fino su oído y ligeras sus piernas, él siente al cazador antes de verle, pega un grito de alarma y desaparece, casi diríase que se evapora. Si se vé cercado, brinca y derriba en el precipicio al cazador intrépido que trepó hasta las nubes tras de su piel preciosa y su carne esquisita.

Apenas se le divisa desaparece; es inútil mirar; está muy en alto, demasiado lejos, perdido entre las cimas, como el águila se pierde entre las nubes.

No conoce el vértigo, pero su vista lo produce; hay que verlo saltar como un pájaro, como una flecha, de roca en roca, describiendo curvas espantosas en el vacío, revolotear al borde de los precipicios sobre las cimas escarpadas, lanzarse á veces desde la altura de doce metros para caer perpendicularmente sobre la punta de un peñasco, donde apenas encuentra el espacio suficiente para sentar sus piés.

Es el Leotard y el Blondín de las montañas, teniendo por circo los Alpes y los Pirineos, por trapecio una punta, por espectadores las águilas y los buitres y por orquesta los ruidos de los torrentes y de las cataratas.

Es feliz. ¿Qué le falta? ¿No tiene acaso la yerba sabrosa de las montañas y el agua azulada de los ventisqueros? ¿No goza de la libertad? No de esta libertad fementida que

se agita y gime en las poblaciones, que mancha ó ensangrienta, sino la verdadera libertad de las alturas, calma grande, eterna, que se extiende sobre la inmensidad y se aproxima al cielo.

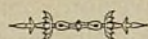
La gamuza es un estratégico de primer orden; su prudencia y sagacidad son proverbiales.

Cuando una tropilla de gamuzas acampa sobre un peñasco, mientras unas descansan, otras andan patrullando en las inmediaciones, y la más vieja monta guardia, escucha é interroga el espacio; al menor ruido, este centinela pega un grito de alarma, un silbido agudo, prolongado, y en el acto todo el campamento brinca y desaparece como una avalancha viviente.

Pero hay un peligro que la gamuza no puede evitar y que se cercena sin cesar sobre su cabeza como una espada de Damocles; es el gran gipaeto, ese dictador de las nubes que la acecha, la sigue, se arroja sobre ella como una piedra, la atolondra con el ruido de sus alas, la ciega con el pico y la lleva exánime en sus poderosas garras.

Es una muerte horrible, pero no es la esclavitud.

(De *El Pensamiento*).



### Crónica de caza y pesca.



R. director de EL MONTERO EXTREMEÑO.

Me pide usted la reseña de la cacería habida en los últimos días del mes anterior, entre los señores D. Antonio Navas, D. Antonio y Fernando Pacheco, mi hermano Ramón y un servidor; y defiriendo gustosísimo á ello, allá le envió las impresiones recogidas en lo que fué teatro de nuestras operaciones cinegéticas, para que después usted, de la manera magistral y gallarda con que sabe hacerlo, las pulimenté y transcriba al periódico EL MONTERO para que podamos saborearlo los habituales lectores del mismo.

Conste, pues, que no son mis propósitos hacer una crónica de caza, sino que como mero espectador, yo doy á usted cuenta exacta del resultado de la cacería, y lo demás, que para mí sería labor difícilísima, lo confío en un todo á usted.

Entremos en materia.

Organizadas nuestras fuerzas leales (los perros) y avisados con la antelación debida por el incansable rondador don Antonio Pacheco, nos reunimos todos con gran puntualidad en el cortijo conocido con el nombre del Chorlo, situado en las estribaciones de la sierra de San Pedro y lugar de lo más pintoresco y encantador que la naturaleza pudo crear para esta clase de caza.

La primera noche de ronda, efecto sin duda de tomar mal el aire, cosa que fué obligada por tener que salir desde la estación de Herrerueta, no dimos nada.

A la siguiente y después de tomadas las precauciones propias en estos casos para evitar los encuentros de ganado manso, fuimos más afortunados, y á poco de salir dieron los perros con un hermoso cochino, que después de una ruda defensa, fué apresado por nuestros fieros alanos y muerto enseguida por consecuencia de nuestros afilados cuchillos; no sin haber dejado las huellas en los perros de sus largos y retorcidos colmillos, siendo aquellas de lamentar por los alanos *Cartero*, que recibió tres, de las cuales una le partió el labio, el *Carruchero* y *León* (de don Carlos) Se utilizó el botiquín tan necesario en estos casos, y después de los comentarios y algazara consiguiente, seguimos nuestro paso de procesión.

Una media hora habría transcurrido de esto, cuando la avanzada empezó á anunciarnos con sus ladridos la presencia del enemigo, que puso los pies en polvorosa; pero fué igualmente alcanzado por nuestros valientes alanos y á poco muerto también de la herida certera de un afilado cuchillo.

Este cochino aun cuando grande no lo era tanto como el anterior. Y ambos al siguiente día fueron conducidos por una caballería á Puebla de la Calzada.

Rondamos otra noche más en el mismo sitio, y sin duda escandalalizado aquello por la noche anterior, no dimos nada.

En vista de esto y tenidos en cuenta los buenos informes y referencias que nos daban de un sitio llamado Canillas, nos trasladamos con lo escogido de nuestros perros al pueblo de Salorino, inmediato legua y pico de Canillas, y allí fuimos sorprendidos con la agradable presencia del veterano cazador don Vicente Tejado, cura párroco de citado pueblo, el que nos colmó de finas atenciones y deferencias, por las cuales hacemos público nuestro agradecimiento.

Como nosotros necesitáramos de un práctico ó conocedor del terreno Canillas, el señor cura hizo nos acompañara su cuñado el también cazador antiguo don Epifanio Paniagua, y con los perros convenientemente atrahillados allá fuimos con nuestros huesos. Esperamos llenos de mil ilusiones que llegase la hora de empezar á rondar, horas que se hacían interminables, y como todo tiene su término en este mundo, también lo tuvo aquello, dándose la voz de alerta y soldado nuestros incansables perros que salieron deseosos de pelea.

No nos hicieron esperar mucho, pues que al cuarto de hora de salir rondando tuvimos una llamada, y después otra, y otras hasta cuatro; pero todas en malas condiciones, dentro de la mancha, y sin duda piaras de cochinas, y ya sabe usted mejor que yo, lo que es esto, que los perros se cansan de trabajarlas y los alanos de ir de un lado para otro, sin conseguir nada práctico. En estas escaramuzas llegaron las cuatro de la madrugada, y ya cuando íbamos perdiendo la esperanza de encontrar nada, uno de los buscas nos avisó la presencia de un hermosísimo

cochino; nos paramos todos como obedeciendo á algo superior, y muy pronto sentimos el agarre de un alano; corrimos presurosos y lo antes posible dimos muerte al cochino, porque este estaba haciendo un gran destrozo en la recoba. Encendimos nuestras linternas y pudimos observar que el famoso alano *Carruchero* tenía cuatro ó cinco heridas terribles en el vientre y cuello, de las cuales arrojó las tripas y roto costillas y pulmones, por consecuencia de las cuales murió al poco tiempo, sin proferir la menor queja. ¡Murió en cumplimiento de su deber y como un héroe, apresado á la oreja del que también pagó con su vida su bravural

Excusado decir á usted el sentimiento y disgusto que esta escena produjo en el ánimo de todos.

Al siguiente día fué trasladado á Salorino y á la casa del cura el hermoso cochino causante de la muerte del *Carruchero*, el que se cedió al señor cura como debil muestra de nuestra consideración y reconocimiento.

Don Antonio Pacheco se reservó del cochino la cabeza, que inmediatamente mandó á Madrid para que la disequen.

Con esta peripecia del perro nos enfriamos y decidimos abandonar aquellos campos, y al efecto, nos trasladamos de allí á las huertas del Chorlo.

El don Antonio Navas tomó en Herrerueta el tren para la Corte.

Y una noche más rondamos en aquel sitio con tan buena fortuna que dimos con una enorme cochina, que hizo frente á los perros é hirió á dos y á una alana le echó las tripas fuera; pero también le costó caro su atrevimiento, muriendo á nuestras manos. Terminando con esto la presente historia ya por demás pesada. Resultado de la cacería: tres cochinos y una cochina y un perro muerto y varios heridos.

Siempre de usted afectísimo y atento amigo  
MIGUEL DURÁN.

Badajoz 11 Edero 1896.

\* \* \*

Regreso ahora mismo del campo, y tengo que taparme los oídos porque no sé cuántas cosas me dicen los señores de la imprenta, que están esperando cuartillas prometidas y no pagadas.

La montería que voy á referir fué montería relámpago.

Llegó á esta nuestro director don Luís Romero; se nos ocurrió salir aquella misma tarde para su coto de Las Marradas, pusimos en juego el servicio postal y el telegráfico, y pudimos reunirnos allí los señores don Guillermo Nicolau, marqués de Gallegos, conde de Campomanes y nosotros dos.

A la hora de cazar el siguiente día se nos unieron don Dionisio Burgos, don Antonio Pavón, el señor Risco, farmacéutico de Cordovilla, los hermanos Cañas y otros seis ú ocho más.

Armamos la mancha de Cascao con doce ó catorce escopetas, lo que quiere decir que entre puesto y puesto había una distancia de quinientos metros, y allá á la buena de Dios entraron con la recoba del señor conde de Campomanes tres batidores.

Tuvo, ó mejor dicho, salieron una cierva y un venado. La primera escapó sin ser vista por entre dos escopetas, y el venado fué á avistarse con nuestro buen boticario á quien pidió un par de píldoras de Santonina para curarse no sé qué retortijones interiores. Pero el farmacéutico que no tenía allí nada más que de calibre 16, le envió dos que no aprovecharon, porque avergonzadas de ir tan mal dirigidas, se metieron debajo de tierra, y el venado algo mohino por tan mal recibimiento, fué á buscar á su papá que se hallaba encamado en El Olivo, y ambos le tomaron trasponiendo á La Peruéngana.

Rodeamos como pudimos El Olivo. Había allí, por lo visto y por lo oído, una vasta sociedad de jabalíes, machos y hembras. La recoba *eschangó* el baile, como aquí se dice, y revolió aquella pacífica tertulia.

El presidente, un marrano más negro que Maceo, sabiendo que allí estaba yo, vino á buscarme. Llegó á mi *verita*, tendió la pata para saludarme, me preguntó por la esposa y por los niños; pero al observar que la boca ó las bocas de mi escopeta tocaban casi á sus narices, temiendo un fracaso para su persona, dió un bufido y se metió en la espesura. Yo dí gusto al dedo; pero ¡oh sorpresa! el cartucho estaba fallo. El bicharraco dejó de bufar y corría por el monte muerto de risa.

Al atravesar un claro, á unos cien pasos cortos, le hice fuego con el otro cañón, dió un salto enorme, tiró un par de coces hacia donde había sonado el tiro y allí se queda tan tranquilo, si no hubiesen llegado *Perrín*, un perrito tamaño como un puño, propiedad del boticario, y el mastín *Zamarro* acompañado de dos fieros alanos de Campomanes, que tuvieron que volverse, después de una larga carrera, convencidos de que el jabalí iba en completo estado de salud.

Por lo visto no me conocieron al pasar por mi puesto.

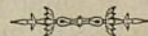
Otro jabalí fué á buscar á Cañas, que le soltó un tiro á unos ochenta pasos también cortitos.

Buscando el joven Cañas la huella con la loca esperanza de hallar rastros de sangre, una cierva pasó á su lado y le halló despreveuido, por lo que no se hicieron daño mutuamente.

El siguiente día se cazaron las restantes manchas del coto, sin hallar ni una sola res.

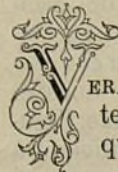
Y el último lo empleamos en cazar conejos. portándonos todos, todos muy medianamente.

LUPUS.



## Anécdotas de caza.

A D. Sancho Amigo.



VERÁ usted entre la broza con que he pretendido adornar esta anécdota el episodio que usted me refirió días pasados?

\* \* \*

Los dos amigos haciendo el oso.

Mucho tiempo hace que no refiero á mis lectores queridos una de esas anécdotas que sirvieron

de soláz entre la gente cazadora en las largas noches de invierno, pasadas al amor de la lumbre.

Todo en este breve mundo tiene fin, y mi repertorio no puede ser una escepción. Pero como siempre el hombre está aprendiendo y tampoco en esto soy excepcional, sobre todo si en cuenta se tiene que donde suena la palabra *caza* allí está mi oído atento, llegan á mí de vez en cuando lances que me refieren algunos compañeros, de cuya veracidad respondo.

Y el presente se halla en este caso.

Vivía en la Puebla de la Calzada un tal Barrera, cuyo nombre de pila, si mal no recuerdo, era Inocente.

Inocente era pequeñito como una peonza y rehecho y rechoncho cual un repollo de col. Como todo hombre chico, erguíase para parecerlo menos, y hablaba campanuda y sentenciosamente á fin de inspirar respeto.

En cierta época le dió por frecuentar una tertulia de cazadores. El no lo era, ni jamás lo había sido; pero no por eso dejaba de terciar en todas las conversaciones, dando su opinión con gran presopopeya.

Sucedió lo que sucede á todo español desde los tiempos y aún antes de los tiempos de don Quijote, que somos ediciones incorrectas y menguadas del hidalgo manchego; y así como á éste se le volvió el seso con la lectura de los libros de caballería, á Inocente se le hicieron los suyos agua con las discusiones del casino de cazadores.

Aquellos magníficos tiros que dejaban seco á un velocísimo venado en su vertiginosa carrera, ó hacían rodar por el suelo como una avalancha al feroz jabalí, le entusiasmaban. Pero sobre todo, los interesantes episodios de las rondas; el silencio absoluto en una lóbrega noche cabalgando sobre un fogoso corcel; la súbita llamada del *busca*, que ha encontrado al jabalí; los ladridos de la numerosa jauría, que persiguiéndole, ya le alcanzan y le muerden, ya le pierden y le buscan en sus revueltas y contramarchas; la llamada de parada, que indica que la fiera se dispone á morir matando; el rugido de los alanos al tirarse á su enemigo y apresarle rabiosos de furor, é insensibles á las tremendas heridas que reciben; la ciega carrera del caballo rompiendo monte, saltando barrancos, para llegar pronto al sitio de la pelea; la profunda emoción de mezclarse entre aquella balumba de combatientes y hundir el ancho cuchillo en el corazón de la fiera, sintiendo inundarse la nerviosa mano y el nervudo brazo en sangre hirviente; el desprender del cadáver del jabalí los enfurecidos perros; la cura de los heridos á la luz de una hoguera; el regreso al pueblo, á donde se llega después de salido el sol, para que todo el mundo admire la hazaña del cazador valeroso, contemplando con asombro su trofeo. Todo esto y aun más de esto bullía con frecuencia en la exaltada imaginación de nuestro Inocente, y así como el caballero de la Triste Figura se creyó ser un Amadis de Gaula, saliendo á buscar aventuras, así el de la Puebla creyóse el más valiente y entendido de los cazadores, y pensó echarse al campo para eclipsar las glorias de todos los presentes y pasados hijos de san Eustaquio. La historia no dice (y á fé que es un olvi-

do bien censurable el del Cide-Hamete-Benengeli de la presente), si su héroe tendría también una Dulcinea á quien rendir su corazón; pero es de suponer que no faltaría alguna Aldonza en su pueblo ó en el inmediato.

Recogió de la cuadra de un pariente suyo un anciano jamelgo, que comprometía la seriedad propia de sus años con unos antiguos esparabanes que le hacían tomar un trote parecido á la jota de los Ratas; un amigo le proporcionó dos espuelas vaqueras de sonoras rodajas, con las que para no tropezar tenía que llevar los pies una vara separados; otro le prestó unos zahones que siendo más largos que sus piernas tuvo que doblarlos, sujetando la doblez con una cuerda; y de un pastor amigo suyo se puso un pellico de piel de perro que por delante le pasaba de las rodillas y por detrás le llegaba á los talones.

Tenía nuestro cazador una hermana en estado de merecer, y merecía en efecto los galanteos y las atenciones de Perico Rascón, maestro barbero de obra gruesa, íntimo de su cuñado futuro y constante tertulio en su casa.

Rascón tenía su mote correspondiente, tan apropiado como todo lo que la voz pública impone. Llamábanle el Pararrayos, porque era delgado y de estatura elevadísima. Aunque su estrechez parecía inverosímil, su cabeza era desproporcionadamente pequeña aún para aquella angostura; sus piernas largas, delgadas y flexibles figuraban cables, y dos pies enormes metidos en zapatos casi cuadrados completaban la apariencia del pararrayos semejando las planchas de tierra.

Barrera, el incipiente cazador, refería en su casa lo que en la tertulia había oído, y como su hermana, con ese amor ciego de algún que otro hermano y de todos los padres, creía que el suyo era un prodigio en todos los ramos del saber humano, y se entusiasmaba hasta un extremo inconcebible, el bueno de Rascón, para hacerse agradable á sus ojos. finjía entusiasmarse también aplaudiendo con el mismo ardor que un jefe de la *claque* aplaude cuando ve comprometido el éxito de la obra.

Una noche Rascón habló á su adorado tormento de proyectos matrimoniales, con tanto fuego y pasión tanta, que su corazoncito dió más de cuatro golpes á modo de aldabonazos en aquellas conmovidas estrechuras.

Su entusiasmo amoroso rayaba en lo sublime, y en los aires se encontraban, chocando ecos de ardientes suspiros, cuando de tan dulce arrobamiento les sacó el trotar de una caballería que se detuvo á la puerta de la calle y la voz de Inocente que con ahinco llamaba. Salieron los enamorados, hallando á aquél haciendo grandes esfuerzos para bajarse de la cabalgadura, sin poderlo conseguir por impedírsele su atavío de cazador. Ayudáronle á bajar, y ya sentados todos ante una gran lumbre, dijo á sus asombrados oyentes que iba á poner en ejecución un proyecto hacía mucho tiempo concebido y recientemente madurado; que era pedir la recoba á su íntimo amigo Sancho, salir á rondar una ó varias noches y traer muerto por su propia mano el jabalí más grande que se hubiera visto desde los

tiempos del padre Agustín y del tío Peguero acá, dejando tamañitos debajo de la mesa á don Juan Luis, á don Pedro Castillo, al padre Bejarano y á otros afamados cazadores.

A su hermana le pareció bien el proyecto; pero había un inconveniente grave y era que si iba solo Inocente no podría cargar á su víctima sobre el caballo, y como la imaginación de las mujeres no halla obstáculo que no venza, encontró el modo de vencer aquella dificultad, y este medio era que Pararrayos acompañase á su hermano.

No agradó gran cosa la proposición al rapa-barbas; pero teniendo aún resquicios de su ardiente afán, una dulcísima mirada de su Dulcinea, en la que le pareció ver envueltas voluptuosas promesas, le decidió en fin.

Salió á la calle dando zancajadas de dos metros, porque la cosa corría prisa, y fué á buscar la burra de una tía suya, lavandera, que debía haber concluido la colada y regresado de Lácara.

No tardó diez minutos Rascón en estar de vuelta, trayendo del ronzal la pollina de su tía, cubierta con una grande y ancha albarda de ballunca.

Y colocando con mil trabajos entre los dos enamorados á Inocente en su rocinante y cabalgando Rascón en la borrica fueron á buscar la jauría.

Sancho no estaba en casa, pero como era de confianza, pusieron, mejor dicho, Rascón puso, porque el otro no podía apearse, las colleras á los canes; cogieron el látigo y el pito y haciendo sonar éste, emprendieron la marcha. Los perros, que hacía más de un mes que no salían á campaña y estaban entumecidos por el ocio, oyeron el pito como los fogosos corceles oyen el clarín de guerra, y siguieron cual siguen las ordenadas huestes al caudillo que las guía.

Las gentes que se ocupaban en las labores del campo, refán á perder viendo aquellas dos fachas. Delante Inocente embutido en la silla, con su gran látigo liado del hombro á la cintura en varias vueltas, haciendo sonar de vez en cuando el pito de canilla de buitre; luego doce ó catorce perros agrupados detrás del jamelgo, y cerraba la marcha Pararrayos sobre la borrica de su tía, colgando las delgadas piernas, separadas hasta casi rasgarse por las anchuras de la albarda.

Un campensino algo leído, dijo que aquellos dos tipos eran Don Quijote y Sancho; pero caminando al revés de como los pinta Cervantes, es decir, Sancho montado en Rocinante y Don Quijote en el Rucio.

Sin tropiezo alguno llegaron ya bien puesto el sol á la ribera de Valdeconde, y allí esperaron cenando al calor de una grande hoguera, pues hacía un viento Norte que cortaba, á que fuesen las diez de la noche, hora propicia para empezar la ronda.

Y como todo tiene fin, según ya hemos dicho, lo tuvieron las impacencias de nuestro valiente cazador. Las Cabrillas avanzaban hacia el zenit en velocísima carrera, y creyendo llegado el momento, nuestros rondadores dieron suelta á los canes, y montando en sus jamelgos, Inocente con ayuda de su futuro cuñado, siguieron el va-

lle arriba por una estrecha y casi borrada vereda. Un cuarto de hora había pasado sin sentirse en medio de aquel silencio otros ruidos que el lejano y lúgubre canto del buho, ó la burlona carcajada del cárabo, ó el leve roce de algún perro que á trote largo cruzaba el valle; ni se veía otra cosa que las brillantes estrellas fijas en el firmamento, ó algún errante meteorolito que al cruzar el espacio dejaba por un momento un largo trazo incendiado.

De pronto un sonoro ¡guau! de un perro despertó los dormidos ecos del valle que le repitieron varias veces. A Inocente le dió un vuelco el corazón, que repercutiendo en su mano, tiró tan violentamente de las riendas que hizo poner á Rocinante las ancas en el suelo. La burra de Pararrayos paró súbitamente al tropezar con Rocinante y estuvo á pique de producir un descarrilamiento.

Muchos ladridos se unieron al primero, formando una infernal algaravía.

—¡Valiente es el jabalí, que no huye, dijo por lo bajo Inocente.

De pronto se oyó un horrendo mugido.

—¡Los alanos que agarran! exclamó el cazador.

Y clavó las vaqueras en los hijares del jamelgo, que tomó por la vereda adelante un trotecillo cochinerero.

Pararrayos temía acercarse al jabalí, y temía también quedarse solo. Entre dos males escogió el que le pareció menor, y dando un par de varazos á la pollina siguió á su cuñado.

Llegado que hubieron al sitio de la pelea, la sorpresa de ambos fué grande al ver en la semi-obscuridad metidos en un gran charco á los perros, que sujetaban y mordían furiosamente á un toro descomunal. Lo que Inocente había tomado por rugido de los alanos, era el mugido del toro.

El cazador, que había oído decir que los perros amaestrados sueltan su presa en cuanto oyen el estallido del látigo, se deslió del suyo, blandiéndolo haciendo molinete sobre su cabeza, con idea de producir un fuerte estallido; pero no contó con que Rascón estaba allí cerca, é interponiéndose recibió un latigazo en el cuello, en el que la rabiza quedó enredada. Inocente, creyendo que había sido cojido por una rama, dió un fuerte tirón para desprenderlo, consiguiendo dar en tierra con el barbero atado por la nuez, y á la burra, á cuyo pescuezo se había éste agarrado. Rascón, repuesto un poco, haciendo un supremo esfuerzo para no morir ahorcado, tiró violentamente del látigo, y Rocinante vino al suelo estrepitosamente con su ginete.

En tanto los perros seguían mordiendo al toro, que con toda la recoba encima había salido á la orilla, y eran tales los ladridos, los bufidos, los gritos, las voces, que aquello parecía una Babel.

Inocente, que no podía levantarse envuelto en su pellico y sus zahones, se revolvía como un escarabajo cuando lo ponen panza arriba; el toro, que pasaba cerca, vió removerse aquello, y bajando la cabeza metió un cuerno por debajo, y tirando con furia hacia arriba, á pesar de los alanos que le apresaban, volteó por el aire al

malparado cazador, dando con él en mitad de la laguna, quedando despatarrado como una rana.

¿Cómo salió Inocente de allí, y cómo pudo cabalgar sobre Rocinante, aún recargado con la ropa mojada? Nadie lo sabe, y solo puede concebirse recordando el proverbio de que el miedo dá alas.

Es lo cierto que tres horas después de este suceso, entraba por las calles de La Puebla el atribulado Inocente, metiendo las espuelas hasta los talones á su espirante jamelgo. Tres horas hacía que oía tras sí, y á corta distancia, las pisadas del enorme toro que le perseguía.

No se atrevió á volver la cabeza por temor de retrasar su marcha, y por no desmayarse al ver la fiera; llegó á su casa á tiempo que su hermana se asomaba á la puerta á enterarse de aquel estrépito, cuando el ruido que le seguía le alcanzó, y creyéndose ya difunto, volvió la cabeza, y encontróse frente á frente con Pararrayos, que montado en la burra de su tía, le había seguido, y él le tomaba por el toro.

¡Bonito humor se le puso á Sancho cuando supo quién se había llevado su recoba!

Pero enterado de lo ocurrido, su enfado se convirtió en compasión y en risa. Cuando disponía que un criado fuese á buscar los perros, éstos fueron acudiendo, y antes de terminar el día ya estaban todos en la perrera, rojos de sangre y hartos de carne.

En el pueblo de Aljucén hubo consternación general; el toro del común decían que había sido devorado por los lobos. Lo menos un centenar debieron juntarse para dar muerte á tan hermoso y valiente animal.

El tío Ochenta, alcalde del lugar, publicó un bando, citando á todos los vecinos capaces de tomar las armas, al cortijo de Las Herrerías, en cuyas inmediaciones seguramente se hallaban albergados los lobos. Pero aunque batieron Las Herrerías desde Los Tinajones hasta Vitorino, y el coto de Vera desde Mariquitas hasta la Morra de Valdezaques, no vieron ni uno solo de aquellos dañinos animales.

Y entonces el corsario Natividad, explicando lo raro de aquel caso, dijo que una gran manada de lobos que iba emigrando tropezó á su paso con el toro, y aprovecharon la ocasión para racionarse.

Inocente no ha vuelto á poner los piés en la tertulia de los cazadores, y aunque han transcurrido tantos años que ya tiene cinco ó seis sobriños, está tan impresionado, que no vé una vez á su cuñado el Pararrayos, que no se acuerde del toro.

M. R.

### Sección de noticias.

Ha contraído matrimonio con la señorita doña Eulalia Pérez nuestro querido amigo don Julio Núñez.

Deseamos á los recién casados todo género de venturas.

\* \* \*

Los portugueses nos conquistan.

De Francia nos vienen las modas de trajes de sociedad; pero de Portugal traemos lo más confortable y lo más práctico para andar por el campo. Los sombreros de anchas alas, que lo mismo resguardan del sol que de la lluvia; los inmensos paraguas que cubren al jinete y al caballo, y los capotes de gola, todo eso que tan buenos servicios nos presta, lo traemos de la nación vecina.

Está muy en boga en Portugal una clase de borcegués con suela ancha para sujetar la espuela, y ya nuestros cazadores empiezan á proveerse de ellos.

Y nuestros industriales también han empezado á fabricarlos.

En esta población hemos visto unos, esmeradamente hechos por el maestro Pintiado, que los destina á nuestro amigo D. Antonio Pacheco.

\* \* \*

Este invierno escasean las aves emigrantes. Ni chorlitos, ni aguanieves, ni becadas se vén apenas. Los inteligentes creen que es debido á lo benigno que ha estado el tiempo. Puede ser esa una causa; pero indudablemente es otra: la desconsiderada persecución de que son objeto en todas partes.

\* \* \*

### Crónica del Sport.

El último número que hemos recibido de esta acreditada Ilustración, viene exuberante de interés para todos los gustos, dentro de las diferentes ramas del sport.

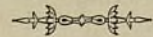
De los notables grabados que contiene, citaremos *Fuego y nieve*, de F. Levy; *Caza de zorras*, dibujo del natural; *Caza imprevista* (muestra de dos magníficos *dachshund*), y diez graciosas ilustraciones de Rojas. *Pollo relleno*.

El texto es variadísimo por nuestras primeras firmas, debiendo citarse entre sus artículos uno de Pérez Escrich, otro de Esgrima y el de Actualidad, éste concienzudamente hecho por nuestro compañero Zulueta, y que debe ser leído por los aficionados al sport vasco y concurrentes á los frontones.

En resumen, un buen número que dejará satisfechos á sus muchos suscriptores y en especial á todo sportsman.

Recomendamos su lectura á los cazadores.

La administración, Olmo, 4, Madrid, remite un número de muestra, gratis, á quien lo solicite.



### Curiosidades.

#### Las cerillas.

Según la última estadística, se consume diariamente en Francia 82 millones.

Si admitimos que se necesita un segundo para encender una cerilla, el tiempo que emplean los franceses en encender los 82 millones en un día, es 2 años, 7 meses, 9 días, 1 hora y 28 segundos.

Mérida: Tip. de Plano y Corchero.

# Sección de Anuncios.

---

EN GETAFE

**Fábrica de Cápsulas y Efectos de Caza**

DE

**JESÚS ARAMBURU Y SILVA.**

COMISIÓN Y EXPORTACIÓN.

CASA FUNDADA EN 1870.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN ESPAÑA DE LOS SRES.

**ELEY BROTHERS Limited, de LONDRES,**

FABRICANTES DE CARTUCHOS DE CAZA

DE

**PIGOU, WILKS & LAURENCE, DE LONDRES,**

FABRICANTES DE PÓLVORAS.

---

**JULIO BELORGEY, DE PARÍS,**

FABRICANTE DE REBORDEADORES, EXTRACTORES, BAQUETAS, GRATAS, ETC., ETC.

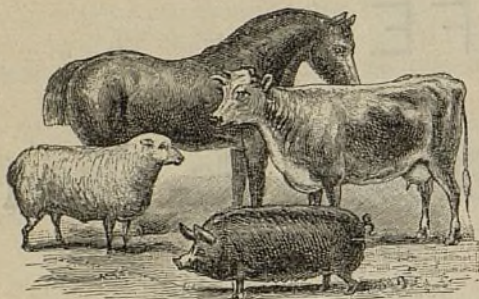
**Almacén por mayor de Cartuchos de Escopeta y Tacos de todas las marcas más acreditadas.**

Se suplica á los señores armeros no compren ninguno de estos artículos sin pedir precios y presupuestos á

**Jesús Aramburu y Silva, de Getafe.**

# EXTRACTO QUÍMICO

DE LOS CÉLEBRES VETERINARIOS **DAY, SON & HEWITT**, DE LONDRES.



Esta afamada embrocación cura toda clase de cojeras en los **caballos**, dolores reumáticos, inflamaciones articulares, etc.—Siendo un poderoso resolutivo y cicatrizante, cura toda clase de heridas, llagas, tumores, en **toda clase de ganado**.

El dolor reumático, Lumbago, Ciático, etcétera, en **las personas**, desaparece igualmente mediante fricciones de esta embrocación.

PÍDASE EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS.

Únicos agentes en España: **ESCUBÓS Y OLIVERAS**.—Notariado, 8.—**BARCELONA**

de las enfermedades de los perros  
Y SU CURACIÓN  
de los célebres veterinarios ingleses DAY, SON & HEWITT, de Londres.  
Se remitirá á quien lo solicite, mediante el envío de una peseta en sellos.  
Dirigirse á Escubós y Oliveras, Notariado, 8, Barcelona

## El Montero de Extremadura.

CÍRCULO DE CAZADORES.

COMIDAS, CAFÉS Y HELADOS.  
**PLAZA.**

## Gran Bazar de Armas de Fuego.

MANUEL ARRIETA LIZARDI.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.

Gran surtido de armas de fuego de todas clases y precios.

## Manuel Rodríguez.

Obispo y Arco, 3.—**MÉRIDA**.

Para-rayos, teléfonos, timbres, aparatos electro-medicinales é instalaciones eléctricas de todas clases.

También ofrezco al público un inmenso surtido en anzuelos para lobos y zorras; cepos para estos mismos animales, garduñas, tejones, etc., para águilas, halcones y azores, y franceses, llamados de llave, para cazar topes, ratas de agua, lagartos y culebras.

## Destrucción de los Animales Dañosos.

Obra de gran utilidad para dueños de cotos, ganaderos, agricultores y toda persona que tenga intereses en el campo, escrita por D. Manuel Rodríguez y Rams (Lupus)

Se vende en la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO, á 1 peseta para los suscriptores y 1'25 para los que no lo son.

## Imprenta y Encuadernación

DE

PLANO Y CORCHERO.

BASTIMENTOS, 2.

**MÉRIDA.**

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos concernientes al arte tipográfico, y en encuadernaciones desde rústica á terciopelo. Estampación tipográfica de música.

## L'UNION.

COMPANÍA FRANCESA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Á PRIMA FIJA  
FUNDADA EN 1828,

RECONOCIDA EN ESPAÑA POR REAL ORDEN.

Capital social. . . . .	10.000,000	} pesetas.
Reservas. . . . .	79.295,157	
Total. . . . .	89.295,157	

AGENTE EN MÉRIDA:

**Francisco Toribio Macías.**

PUENTE, 14.

## CONFITERÍA

DE

MANUEL GUTIERREZ.

PLAZA. 13.

Este acreditado establecimiento, el más antiguo de la provincia, pues cuenta 74 años de existencia, sigue sirviendo como siempre á su numerosa clientela á precios económicos.

## Á LOS CAZADORES.

En la Administración de EL MONTERO EXTREMEÑO se ha recibido un grande y variado surtido en cartuchos de las mejores marcas y varios calibres sistemas Lefaucheux y Central, tacos superiores de cartón, fieltro, grasos é impermeables, cananas, cintos de caza, polainas, bolsas para cartuchos, chalecos con bolsas y tres bolsillos, porta escopetas, porta mantas, reclamos de perdíz y codorníz, collares para perros, vasos de campo con estuche, etc.

Todos estos artículos se venden en comisión á los precios de fábrica.

Además se reciben toda clase de encargos en armas y efectos de caza, siendo de cuenta de esta Administración su transporte hasta el punto que designen, si así lo desean los que utilicen nuestros servicios.

No olvidar que vendemos en comisión sin ganancia alguna.

Administración, Obispo y Arco, núm. 2.—**MÉRIDA**

# PARA RAYOS

Los más modernos los que han merecido elogios de las perso-  
nas inteligentes, porque reúnen en sus condiciones exigidas la ciencia  
y la experiencia, son los de gran múltiple-ángulo sistema de  
reflexión.  
Se construyen en esta casa a precios arreglados, igualmente que  
los de otros sistemas.

## JOSÉ RAMOS LÓPEZ

CARRANZA, 3 Y GALILEO, 38

MADRID

INSTRUMENTOS PARA LA PROVINCIA DE BAYONA

## DON MANUEL RODRÍGUEZ

ORTIZ Y ALCO, 3 MENUDA

Sección de Instrumentos para la Provincia de Bayona

## IMPRESA Y encuadernación

## PLANO Y CORCHERO

Encomendado, 2 - Madrid

Los señores que deseen saber más de los instrumentos que se venden en esta casa,  
pueden dirigirse a la casa de los señores Rodríguez y Corchero, en la calle de  
Encomendado, 2, Madrid.

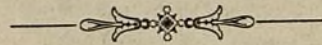
## Estimaciones Tipográficas de México.

Se venden en esta casa de México, los tipos de imprenta que se usan en esta  
ciudad, y en otros puntos de la República Mexicana, y en los puntos de  
los Estados Unidos, y en los puntos de Europa, y en los puntos de América.  
Los señores que deseen saber más de los tipos que se venden en esta casa,  
pueden dirigirse a la casa de los señores Rodríguez y Corchero, en la calle de  
Encomendado, 2, Madrid.

## PROVINCIA DE BAYONA Y ECONOMIA

Estimaciones, 2 - Madrid

# PARA-RAYOS.



Los más modernos, los que han merecido elogios de las personas inteligentes, porque reúnen cuantas condiciones exigen la ciencia y la experiencia, son los de punta múltiplo-múltiples sistema Smín reformado.

Se construyen en esta casa á precios arreglados, igualmente que los de otros sistemas.

**JOSÉ RAMOS LÓPEZ,**

CARRANZA, 3 Y GALILEO, 56.

MADRID.

REPRESENTANTE EN LA PROVINCIA DE BADAJOZ:

**DON MANUEL RODRIGUEZ.**

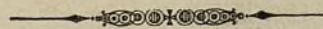
OBISPO Y ARCO, 3. MÉRIDA.



**IMPRESA Y ENCUADERNACIÓN**

DE

**PLANO Y CORCHERO**



Bastimentos, 2.—Mérida.

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos tipográficos en negro y en colores, y en encuadernaciones desde rústica á terciopelo.

**Estampación Tipográfica de Música.**

Se reciben encargos de clisés estereotípicos para anuncios de periódicos, obras ó modelos permanentes, á precios convencionales, bien sea remitiéndonos el molde ó confeccionándolo en esta imprenta.

Los señores impresores se servirán al hacer los encargos, manifestar si los clisés han de ir montados en facetas de hierro ó sobre suelos de plomo ó madera, datos indispensables para dar precios.

**PRONTITUD, ESMERO Y ECONOMÍA.**

**BASTIMENTOS, 2. - MÉRIDA.**